

“Sin ninguna duda, el acontecimiento de la temporada”, publica el *Telegraph*. “Mi consejo: hipoteque su casa y vea esta ópera a cualquier precio”, señala otro crítico. Exagera, pero no tanto: las entradas ascienden a los 4.000 euros en la reventa. Noches tan redondas ya no se ven en los teatros.

La Royal Opera ha reunido, por un lado, un elenco de oro. Anna Netrebko debuta como Leonora y compensa sus dos cancelaciones de 2014 y 2016 en Londres (con *Fausto* y *Norma*). La soprano rusa combina fuerza y delicadeza, convincentes graves y veracidad como actriz. Junto a ella, los mejores del mundo en su registro: el tenor Jonas Kaufmann, todo intensidad, músculo y elegancia (la anterior vez juntos en Covent Garden fue en 2008, y ahora coinciden en solo cuatro funciones). El francés Ludovic Tézier, barítono verdiano por excelencia, desborda química con el muniqués en sus dúos; son socios habituales. Y aún hay más: Furlanetto, quizá el mejor bajo de nuestro tiempo; el robaplanos Corbelli; el veterano Lloyd, que encarnó al Marqués en 1973...

Desde el foso, Antonio Pappano transmite la urgencia y energía del drama y logra un control perfecto del tiempo y el volumen. En cuanto a la producción de Christof Loy, con vestuario de época, alguna imagen poderosa y proyecciones en video (recuerdos de un pasado del que nadie se libera), consigue lo más importante: no molestar. El alemán ni retuerce el argumento ni inventa conceptos. Si acaso, pone el foco en esa gente de a pie, hambrienta y herida, que sufre las guerras que inician los aristócratas. La revista *Opernwelt* lo premió como director del año en 2003, 2004 y 2008, y los Grammy en 2011.

La fuerza del destino arrastra un supuesto mal fario (como *Macbeth* en teatro o *Supermán* en cine) sin demasiado fundamento. Es cierto que el estreno se retrasó por enfermedad de la soprano, y que el libretista Piave se quedó vegetativo... pero sucedería años más tarde. En realidad, este título triunfó desde la primera noche, y su gestación resultó plácida. Verdi se había tomado cuatro años de respiro, en los que se dedicó a la política, hartado de los editores y de un “público sin inteligencia”. Tras la muerte de su amigo Cavour, aceptó una suculenta oferta de San Petersburgo. Para el argumento, optó por un drama de moda. Con lo cobrado pudo reformar su casa. Y viajar a Rusia a supervisar los ensayos y a disfrutar del estreno en 1862. El zar Alejandro II lo condecoró. Meses después, él mismo la dirigió en Madrid, con el anciano Duque de Rivas presente.

El propio compositor nunca quedó satisfecho. “Demasiados cadáveres”, repetía. En 1869 se empeñó en revisarla para La Scala. El poeta Ghislanzoni (*Aida*) cambió el final: Álvaro, tras la muerte de su enemigo y su amada, no se suicida, sino que acepta la voluntad divina.

En apariencia, Verdi no inventa la pólvora en *La fuerza del destino*. El mundo entero conocía -y admiraba- su estilo: las inolvidables melodías, como la delicada *La vergine degli angeli*, de Leonora; o, ya desde *La traviata*, la caracterización de los personajes, tanto el dolor de Álvaro y su amada como la bondad y firmeza del Padre Guardiano, para el que escogió la voz más profunda, la del bajo (igual que Zaccaria en *Nabucco*). Incluso en el arrogante Carlos se atisba nobleza cuando jura amistad.

El desarrollo fluido de la acción es novedoso, pero ya lo había incorporado cuatro años antes en *Un ballo in maschera*. Por fin superaba la herencia del bel canto, su estructura de números cerrados, que imponía que después de cada recitativo venía un aria y luego una cabaletta (más corta y rápida). Para el genio de Busseto (1813-1901) primaba el drama musical. Aquí, en todos los dúos de Álvaro y Carlos la música, como un vaivén, se funde con sus diálogos, llenos de engaños y contradicciones.

Los recitativos, antes intrascendentes, ahora condensan los sentimientos. La fuerza de las palabras de *Morir, tremenda cosa*, de Carlos, desemboca con naturalidad en la melódica *Urna fatale*. Las arias se conciben más bien como monólogos. Por encima de la belleza vocal y de los ornamentos típicos de la tradición italiana, predomina la veracidad de la expresión. Aunque para los cantantes resulta igualmente exigente: la soprano da una nota aguda de diez segundos en la entrada de *Pace*.

Así, *La fuerza* supone un último peldaño hacia sus obras maestras. El sorprendente humor del sermón del capuchino Melitone precede al de otro gruñón, *Falstaff*. El terror del rezo final de Leonora se desarrollaría en *Desdémona*, de *Otello*. Y la tinta fúnebre de la partitura recuerda a *Don Carlo*. Desde la obertura un motivo fatal, imparable, con ecos de la *Quinta* de Beethoven, arrastra a todos a la desgracia. Se repite cada vez que el destino golpea a los protagonistas: antes de la muerte del marqués, o en el último acto, en el reencuentro de los amantes.

Verdi, libre de ataduras, experimenta formaciones insólitas (soprano+bajo) y refuerza el choque entre las escenas colectivas y las íntimas, más densas. Los elementos burlones -bailes folclóricos y vulgares- subrayan, por contraste, una atmósfera de violencia. En cuanto a la orquesta, sinfónica como nunca, se consagra en la obertura, la única de su carrera con entidad de concierto, así como en los sonidos del monasterio, que retratan una paz conmovedora. Los arpeggios del arpa que acompañan la oración de Leonora sugieren recogimiento. Sobresale el uso de los leitmotives, como en el tristísimo dúo *Le minacce i fieri*, síntesis del duelo eterno de Álvaro y Carlos.

Textos: Javier Heras

Salamanca, 2 de abril de 2019.



LA FUERZA DEL DESTINO

DE GIUSEPPE VERDI

ANTONIO PAPPANO
CHRISTOF LOY

ANNA NETREBKO
JONAS KAUFMANN
LUDOVIC TÉZIER
FERRUCCIO FURLANETTO





LA FUERZA DEL DESTINO | de Giuseppe Verdi

En directo desde la Royal Opera House de Londres / 2 abril 2019

Director musical: **Antonio Pappano**
Director de escena: **Christof Loy**
Director asociado: **Georg Zlabinger**
Decorados: **Christian Schmidt, Federico Pacher**
Iluminación: **Olaf Winter**
Coreografía: **Otto Pichler, Johannes Stepanek**
Dramaturgia: **Klaus Bertisch**
Concertino: **Sergey Galaktionov**
Orquesta y coro de la Royal Opera House de Londres



ARTISTAS, PERSONAJES Y VOCES

Anna Netrebko | Leonora de Vargas, hija del marqués | *soprano*
Jonas Kaufmann | Don Álvaro, mestizo pretendiente de Leonora | *tenor*
Robert Lloyd | El Marqués de Calatrava | *bajo*
Ludovic Tézier | Don Carlos de Vargas, su hijo | *baritono*
Ferruccio Furlanetto | Padre Guardiano | *bajo*
Alessandro Corbelli | Fray Melitone, monje franciscano | *baritono*
Veronica Simeoni | Preziosilla, una joven gitana | *mezzosoprano*
Coro | Monjes, soldados, vecinos

- Ópera en cuatro actos
- Música de Giuseppe Verdi, libreto de Francesco M. Piave, basado en la tragedia *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del Duque de Rivas. Revisada por Antonio Ghislanzoni
- Estrenada el 10 de noviembre de 1862 en el Teatro Imperial de San Petersburgo
- Duración: 3 h 55 min [Actos I y II: 85 min | desc.: 25 min | Acto III: 60 min | desc.: 25 min | Acto IV: 40 min]
- En italiano con subtítulos en castellano

Como en *Il trovatore*, Verdi logró una obra maestra a partir de un libreto irregular sobre un drama del romanticismo español. *Don Álvaro o la fuerza del sino* (1835), de Ángel Saavedra, Duque de Rivas, respondía al gusto de la época: calamidades, persecuciones y protagonistas con las pasiones desbordadas. Para el libreto, su fiel Francesco Maria Piave (*Rigoletto*) combinó escenas de interiores con otras de masas, entre las cuales incorporó una -la del campamento militar- de una tragedia de Schiller, *Wallensteins Lager* (incluso logró traducir los juegos de palabras con los que un fraile sermonea a unos soldados: "Os importan más las botellas que las batallas"). Este universo trágico y sentimental funciona mejor en el formato de ópera que en literatura. Sin ir más lejos, el clima -la plegaria de Leonora- no existía en el original. Aunque no aparece entre las favoritas del público -quizá por su larga duración, de *grand opéra* francesa, por algunos personajes prescindibles, como Preziosilla, y por el hecho de que los amantes pasan separados tres actos-, se trata de un título mayúsculo. Y sigue vigente porque no solo aborda un amor fatídico, una maldición o una venganza, sino los prejuicios raciales: el Marqués de Calatrava y su hijo Carlos odian a Álvaro por mestizo, pese a sus méritos militares y su posición económica.

SINOPSIS

ACTO I

Sevilla. Palacio del Marqués de Calatrava

La obertura, la más extensa y brillante que escribió Verdi, introduce varias melodías en forma de popurrí (la primera, el leitmotiv del destino, sonará en los momentos decisivos). De noche, la aristócrata Leonora espera a Don Álvaro, su amado, a quien menosprecia su padre, el marqués, por su ascendencia inca. Como le ha prohibido que vea a ese "extranjero indigno", han decidido huir juntos. Todo está preparado, pero a ella le entran las dudas. ¿Amor o familia? La clásica pregunta de Verdi. "Abatido está el corazón de esta mísera, predestinado al eterno llanto", lamenta en *Me pellegrina*, como si fuera consciente del desastre que vendrá. Por el balcón entra Álvaro. Ella le pide aplazar un día su marcha, pero los sorprende el padre, que ordena que detengan al joven. Éste deja caer su pistola, con la mala suerte de que se dispara sola y alcanza al marqués. Antes de morir, lanza una maldición a su hija.

ACTO II

Hornachuelos, Córdoba

Leonora y Álvaro escaparon por separado y no se han vuelto a ver. Ella lo cree muerto, aunque un rumor lo sitúa en América. Disfrazada de hombre para no despertar sospechas, entra en una posada donde la variopinta multitud baila danzas populares. El infortunio quiere que allí también llegue Carlos, su vengativo hermano, que lleva meses tras los asesinos de su padre. Dice ser un estudiante, pero ella lo reconoce. No sucede a la inversa. Después de que la gitana Preziosilla anime a todos a enrolarse en el ejército ("La guerra es bella", corean), Leonora tiene una revelación al ver una procesión de peregrinos.

La joven se presenta en el monasterio de la Virgen de Los Ángeles no tanto para esconderse como para olvidar a Álvaro y hallar la paz. Su oración *Madre, pietosa vergine* describe su angustia, con el tema del destino de fondo: "Perdona mi pecado. En estas soledades expiaré mi error. No me abandones". Desde el interior, el canto de unos monjes parece responder. Después de conocer al hermano Melitone, se confiesa ante el Padre Guardiano: "Soy una mujer. Infeliz, decepcionada, rechazada (...) llorando me postro a vuestros pies". El bajo salvaguarda su secreto y la acoge, aunque ella prefiere aislarse en una gruta, como una ermitaña. El sublime dúo concluye con el juramento del "hermano desconocido" ante la comunidad (*Tutti i fratelli*). Su plegaria, bellísima, se apoya en la calma de los frailes (*La vergine degli angeli*).

ACTO III

Un bosque cerca de Roma

Han pasado años. Álvaro, con un nombre ficticio, se ha labrado una reputación en la armada, que ahora combate en Italia. Pero la desventura lo persigue. Siempre fue así. Lo narra en *La vita è inferno*, con solo de clarinete: "Nací en una cárcel; el desierto me educó". Unos gritos lo interrumpen; llega justo a tiempo para salvar el pellejo a un oficial, que le jura lealtad en el dúo *Amici in vida*. Resulta ser Carlos, también bajo falsa identidad.

Tiempo más tarde, en la histórica batalla de Velletri, Álvaro resulta herido. Como última voluntad, confía a su amigo sus documentos personales, que le encarga destruir (dúo: *Solenne in quest'ora*). Sin embargo, Carlos sospecha: ¿por qué se puso pálido cuando le mencionó el nombre de Calatrava? ¿Será el verdugo de su padre? El baritono, en el memorable recitativo *Morir, tremenda cosa*, traiciona su palabra. Y aunque está a punto de resistir la tentación en *Urna fatale* ("Destino, aléjate, me tientes en vano. Vine a limpiar mi honor"), al final abre los sobres y descubre todo.

Cuando Álvaro se ha recuperado, Carlos revela su identidad y lo reta a un duelo a muerte. El mestizo trata de explicar su inocencia y recuerda su amistad. Es inútil. Con la misma superioridad de clase que su padre, Carlos insiste: "De villano origen, debo mataros". En la conversación se destaca que Leonora vive, al contrario de lo que Álvaro pensaba. Eso le da fuerzas para defenderse hasta que unos guardias los separan. Después, abatido, decide retirarse a un convento. Una animada muchedumbre celebra la guerra. El alcohol abunda, para disgusto de fray Melitone, que los sermonea con un monólogo cómico. Preziosilla enardece a los soldados (*Rataplán*).

ACTO IV

Monasterio de Nuestra Señora

Un lustro más tarde, el obcecado Carlos encuentra a Álvaro, que se ha hecho pasar por el hermano Rafael en el convento de Hornachuelos. Ni siquiera la fe lo aplaca. Tras el dúo dramático *Le minacce i fieri accenti*, se alejan del lugar sagrado para luchar. Mientras, Leonora reza en su ermita. Tampoco allí ha encontrado descanso. "Mi sufrimiento es tan profundo como el primer día. Solo la muerte me devolverá la paz", ruega en *Pace*, una oración inolvidable (y difícil para el soprano). De pronto, oye un ruido. Son Álvaro y su contrincante, que, herido de muerte, solicita un sacerdote para la extremaunción. Leonora, después de tocar la campana de auxilio, abre la puerta. Los amantes apenas tienen tiempo de reconciliarse, porque Carlos identifica a su hermana y, con sus últimas fuerzas, le clava un puñal. El Padre Guardiano llega para bendecirlos (*Miserere*). Álvaro, solo en este mundo, se resigna.